

# **Nancy Mitford**

## **Amor en clima frío**

Traducción de Miguel Martínez-Lage

Libros del Asteroide 

Primera edició, 2006

Títol original: *Love in a cold climate*

Queda rigurosament prohibida, sin la autorització escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

© 1949 by Nancy Mitford

© de la traducción, Miguel Martínez-Lage, 2006

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L

Publicado por Libros del Asteroide S.L.

Santa Magdalena Sofía 4, bajos

08034 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 84-935018-0-8

Depósito legal: B 23.234-2006

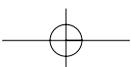
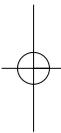
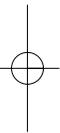
Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

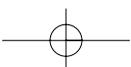
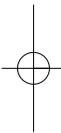
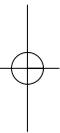
Diseño colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

**A lord Berners**



## Primera parte



## 1

Me veo obligada a comenzar este relato haciendo un breve repaso de la familia Hampton, para insistir tanto como sea necesario en su carácter tan ilustre como acaudalado. Una rápida ojeada a las páginas de Burke o Debrett debiera ser más que suficiente para que esto quedara bien claro, pero estos libros tan voluminosos no siempre están a mano cuando se necesitan, y los tomos que sobre la materia ha compilado el cuñado de lord Montdore, Boy Dougdale, están agotados. Su gran talento para cualquier muestra de esnobismo y su exiguo talento para la literatura han dado pie a tres detallados estudios sobre los antepasados de su esposa, que ahora sólo se pueden consultar previa petición a un librero que tal vez pueda adquirirlos de segunda mano. (El librero pondrá un anuncio en el periódico del gremio, *The Clique*: «H. Dougdale, se busca cualquier tomo suyo». Le lloverán ejemplares más o menos a un chelín cada uno y, acto seguido, con orgullo dará cuenta a su cliente de haber «logrado encontrar lo que usted buscaba», dando a entender que ha invertido muchas horas de búsqueda afanosa en las carretillas y los puestos de viejo, para venderle los tres tomos a treinta chelines el lote.) *Georgiana Lady Montdore y su círculo, Los magníficos Montdore y Antigua cróni-*

*ca de Hampton*: tengo aquí al lado, mientras escribo, los tres tomos. Y veo que el párrafo de arranque del primero reza como sigue:

«Una espléndida mañana de mayo, cabalgaban a buen paso hacia la aldea de Kensington dos damiselas, morena la una, rubia la otra, ambas jóvenes y hermosas. Eran Georgiana, condesa de Montdore, y su gran amiga, Walburga, duquesa de Paddington. Componían una deliciosa y animada estampa mientras discutían la cuestión candente del momento: si debían o no sumarse al regalo de despedida para la desdichada, querida princesa Lieven.»

El volumen está dedicado, con la debida licencia, a Su Alteza Real, la gran duquesa, esposa de Pedro de Rusia, y contiene ocho páginas de ilustraciones.

Es preciso destacar que cuando se publicó esta trilogía estuvo muy en boga entre los asiduos al préstamo bibliotecario.

«La familia de la casa solariega de Hampton es de antigua raigambre en el oeste de Inglaterra; de hecho, en sus *Dignatarios*, Fuller reseña su formidable antigüedad.»

Burke aún la considera algo más antigua que Debrett, si bien ambos se remontan a la oscuridad de los tiempos medievales, de las que extraen ancestros con nombres dignos de las novelas de P. G. Woodehouse, como Ug, Bert y Thred, y con destinos propios de Walter Scott. «Su señorío fue sentenciado... decapitado... convicto... proscrito... desterrado... arrastrado de la prisión por una turba enfurecida... muerto en la batalla de Crécy... pereció en 1120 en el hundimiento del White Ship... falleció durante la tercera cruzada... murió en duelo...» Apenas se guarda constancia de alguna muerte natural en aquellos tiempos antiguos y brumosos. Tanto Burke como Debrett abundan con evidente gozo al tratar de un linaje tan genuino como el de esta familia, jamás deshonrado por las ambigüedades de la línea

femenina de la descendencia ni por un cambio voluntario de apellido. Ni siquiera todos los horribles libros que se publicaron en el siglo XIX, aparentemente centrados en la investigación histórica pero cuyo verdadero propósito era denigrar a la nobleza, bastaron para rebajar la legitimidad de este linaje. Los esbeltos barones de cabellos dorados, todos nacidos de santo matrimonio, todos ellos muy parecidos, fueron sucediéndose unos a otros en Hampton, dueños de tierras que nunca se compraron ni se vendieron, así una generación tras otra, hasta que en 1770 el lord Hampton del momento, a su regreso de Versalles, apareció con una prometida francesa, una Mademoiselle de Montdore. El hijo de ambos tuvo los ojos castaños, la tez morena y, es de suponer, pues aparece con peluca empolvada en todos los retratos, el cabello negro. Esta negrura no se prolongó en el seno de la familia. Desposó a una heredera del condado de Derby, dueña de una cabellera dorada, y los Hampton volvieron a tener ese aire rubio, de ojos azules, por el cual aún son conocidos hoy en día. El hijo de la francesa salió muy listo y muy mundano; enredó algo en política, escribió un libro de aforismos, pero su principal merecimiento y fama se debieron a su estrecha y larga amistad con el regente, quien le procuró, entre otros favores, el rango de conde. Como su familia materna pereciera durante el reinado del terror en Francia, tomó tanto el apellido como el título de la madre. Provisto de una enorme riqueza, gastó también con enormidad; se sentía atraído especialmente por los objetos de arte franceses y, durante los años que siguieron a la Revolución, adquirió una colección espléndida que incluía muchas piezas de los palacios de la realeza y otras piezas que fueron saqueadas del Hôtel de Montdore, en la rue de Varenne. Con el fin de disponer de un marco idóneo para exhibir su colección, decidió derribar la sencilla casona de Hampton, que

su abuelo había encargado construir a Adam, y trasladar a Inglaterra, piedra a piedra —como se dice que hacen los millonarios norteamericanos de hoy en día— un castillo francés de estilo gótico. Lo recompuso en torno a una espléndida torre que él mismo concibió; cubrió las paredes de las salas con paneles de maderas y tapices de seda, a la francesa, y rodeó todo de un paisaje formal que él mismo esbozó y plantó con esmero. El conjunto resultó tan grandioso y delirante que en la época de entreguerras acerca de la cual escribo ya estaba totalmente pasado de moda. «Supongo que será bonito —decía la gente—, pero la verdad es que no me despierta ninguna admiración.»

Este mismo lord Montdore también construyó Montdore House en la avenida londinense de Park Lane y un castillo sobre un roquedo en el condado de Aberdeen. Aunque ninguno de sus miembros se desviara jamás de una tradición autoritaria, sin duda y de largo, fue el personaje más interesante y original que produjo la familia. En todas y cada una de las páginas de la historia de Inglaterra, aparece un Hampton de los pies a la cabeza, firme, valioso e influyente, con un poder enorme en el oeste del país, sin olvidar que en Londres sus consejos nunca han caído en saco roto.

El padre de mi amiga, Polly Hampton, mantenía viva la tradición. Si un inglés pudiese descender de los dioses, sería él: a tal extremo era el modelo de noble inglés, que los defensores de un gobierno de la aristocracia siempre empezaban señalándolo como justificación de sus argumentos. Era una creencia generalizada que si hubiera más personas como él, no estaría la nación sumida en el desastre en que a día de hoy se encuentra, e incluso los socialistas reconocían su excelencia, algo que bien podían permitirse, pues sólo había uno como él y no molestaba en absoluto. Estudioso, buen cristiano, caballero, lo más exquisito de las islas británi-

cas, el virrey más apuesto que jamás se haya enviado a la India, terrateniente popular entre los suyos, pilar del Partido Conservador, en suma, era un viejecito encantador que nunca hizo y nunca dijo ninguna vulgaridad. Mi prima Linda y yo, dos muchachitas insolentes cuya opinión en nada contaba, pensábamos que en realidad era un viejecito fraudulento y engañoso, pues nos parecía que en aquella casa era lady Montdore quien en efecto llevaba los pantalones. Lady Montdore, la verdad sea dicha, a todas horas hacía y decía vulgaridades de cualquier clase, y era intensamente impopular, tan objeto de rechazo como de aprecio lo era su esposo, de modo que todo lo que él hiciera y no se considerase digno de él o bien se considerase impropio de su reputación, se le imputaba a ella de inmediato. «Claro, ella le ha obligado a hacerlo.» Por otra parte, no pocas veces me he preguntado si, de no haberla tenido junto a él, azuzándole y dándole la lata, urdiendo intrigas por él, «obligándole a hacerlo», es decir, si no hubiera contado con la ayuda inestimable de aquellos mismos atributos por los que tanto desagrado cosechaba ella —su insensibilidad, su ambición, su energía e impulsividad sin límites—, él habría hecho algo de veras digno de recuerdo.

Esta teoría no cuenta con muchos partidarios. Me han dicho que para cuando yo llegué a conocerlo bien, cuando ya habían regresado de la India, él ya estaba fatigado y había renunciado a la pugna, y que cuando estaba en la flor de la vida no sólo llevaba las riendas de los destinos de los hombres, sino que también sujetaba en corto las vulgaridades de su mujer. No lo sé. Había en lord Montdore una ineptitud que nada tenía que ver con la edad. Era desde luego apuesto y grato de ver, pero la suya era una belleza vacua, como la de una mujer sin atractivo sexual. Pese a ser talludito, hacía maravillas, pero a mí se me antojaba que, si aún acu-

día con regularidad a la Cámara de los Lores y al Consejo Privado de Su Majestad, a no pocos comités y a numerosas celebraciones de la Casa Real, debía de ser de cartón piedra.

Lady Montdore, en cambio, era muy de carne y hueso. De soltera Miss Perrotte, bella hija de un hidalgo de provincias sin demasiados posibles y sin dote sobresaliente, su casamiento con lord Montdore fue infinitamente más provechoso de lo que podría esperar. A medida que fue pasando el tiempo, cuando su codicia de lo mundano y su esnobismo, su terrible descortesía y su rudeza implacable llegaron a ser proverbiales y dieron pie a infinidad de habladurías y leyendas, la gente tendió a suponer que su origen era de baja cuna o quizá transatlántico, cuando la verdad es que su nacimiento y crianza eran intachables, pues era sin duda lo que antes se llamaba «una verdadera dama», de manera que no existían circunstancias atenuantes, con lo que su comportamiento debiera haber sido más sensato.

No cabe duda de que su campechana vulgaridad se hizo más patente e incontrolada con el paso de los años. Sea como fuere, su marido nunca parecía al tanto, asegurando así el éxito del matrimonio. Lady Montdore no tardó en empujarlo a emprender una carrera pública, los frutos de la cual pudo disfrutar sin demasiado trabajo, ya que ella se responsabilizó de comprobar que estuviera rodeado de un séquito de eficaces subalternos y, aunque él fingía un total desprecio por la vida social que daba pleno sentido a la existencia de ella, la aguantaba con auténtico donaire y desplegaba su talento natural en las conversaciones agradables, aceptando como si fuera su deber el hecho de que a todo el mundo le pareciera encantador.

—¿Verdad que lord Montdore es encantador? Sonia no da ni para un chiste, pero él es brillante, es un primor, hay que ver cuánto lo quiero.

Quienes se beneficiaban de la hospitalidad de ambos gustaban de fingir que acudían a su casa sólo por él, pero ésta era muestra de rematada hipocresía, porque la animación, la diversión que se respiraba en las fiestas de lady Montdore, nada tenían que ver con él y, por odiosa que ella fuera en no pocos sentidos, sobresalía sin duda en calidad de anfitriona.

En resumidas cuentas, eran felices juntos y estaban hechos el uno para el otro de un modo singular. Ahora bien, durante años sufrieron un grave contratiempo en su matrimonio, pues no tenían hijos. A lord Montdore le importaba, y mucho, porque naturalmente deseaba engendrar un heredero, pero también por razones más sentimentales. A lady Montdore le afectaba esta carencia con verdadero resque-mor. No sólo ella deseaba también un heredero, sino que además le desagradaba en lo más hondo el fracaso en cualquiera de sus manifestaciones, no soportaba ver desbaratadas sus intenciones y estaba ansiosa por tener un objeto en el cual concentrar toda la energía que no le absorbiera ni el trato en sociedad ni la carrera profesional de su esposo. Llevaban casi veinte años casados y prácticamente habían renunciado a la idea de tener descendencia, cuando lady Montdore comenzó a sentirse algo más indispueta que de costumbre. No le prestó atención, siguió con sus ocupaciones habituales y, sólo dos meses antes del parto, comprendió que estaba encinta. Tuvo la inteligencia suficiente para ahorrarse el ridículo que a menudo concurre con tales situaciones y fingió que lo había mantenido en secreto a propósito, de modo que en vez de mondarse de risa, todo el mundo dijo: «¿A que Sonia es absolutamente fenomenal?».

Todo esto lo sé porque me lo ha contado mi tío, Davey Warbeck. Como él mismo sufrió (o gozó) la mayoría de achaques que se describen en un diccionario de medicina, está muy avezado en los cotilleos médicos.

El hecho de que la criatura, al nacer, resultara ser una niña, no parece que contrariara en absoluto a los Montdore. Como lady Montdore no había cumplido los cuarenta cuando dio a luz, quizá en un primer momento no la contemplaran como hija única, pero cuando supieron que nunca iban a tener más hijos, la querían ya tanto que la sola idea de que fuera distinta en cualquier aspecto, una persona diferente, un niño, resultaba simplemente impensable. Como es natural, les habría gustado tener un hijo, pero sólo si hubiera sido igual de perfecto que Polly, nunca en lugar de ella. Ella era el tesoro de sus padres, el centro mismo de su universo.

Polly Hampton poseía belleza, atributo que sobresalía del resto de sus cualidades. Era una de esas personas en las que resulta imposible pensar si no se tiene muy presente su apariencia física, que, en su caso, era invariable, independiente de la ropa que llevara, de su edad, de las circunstancias e incluso de su salud. Si estaba enferma o cansada, tan sólo parecía frágil, nunca lívida, ni marchita, ni mermada. Nació siendo hermosa y nunca, en ninguno de los momentos en que tuve trato con ella, menguó ni un ápice su belleza. Al contrario: su presencia siempre iba a más. La belleza de Polly y la importancia de su familia son elementos esenciales en este relato. Claro que así como se puede estudiar a los Hampton en varios libros de referencia, de poco sirve recurrir a números atrasados de *Tatler* para ver a Polly como modelo fotográfica de Lenare, que es como la veía Dorothy Wilding. Ahí están los huesos, cómo no: los sombreros de pésimo gusto, las poses a la antigua usanza, no pueden ocultarlos. Los huesos y la forma de su semblante siempre son la perfección encarnada. Pero la belleza a fin de cuentas es algo más que la suma de los huesos, ya que si bien los huesos pertenecen a la muerte, y aún resisten tras el decli-

ve, la belleza es algo vivo y palpitante; es, de hecho, algo que oscila a flor de piel, sombras azuladas sobre el blancor de la piel, el cabello desmadejado como un penacho de plumas doradas sobre una frente blanca y lisa, algo que se encarna en el movimiento, en la sonrisa y, sobre todo, en la mirada de una mujer hermosa. La mirada de Polly era puro destello azul, lo más azul y lo más subitáneo que he visto nunca, tan curiosamente ajena al hecho de ver que era casi imposible creer que aquellas piedras azules y opacas observarían, asimilarían o hicieran ninguna otra cosa que iluminar el objeto que se hallara en su camino.

No es de extrañar que sus padres la quisieran. La propia lady Montdore, que habría sido una madre terrible para una muchacha menos agraciada o para un muchacho excéntrico y veleidoso, no tenía la menor dificultad en ser perfecta para una niña que, a las claras, le daba una enorme credibilidad en el mundo y coronaba todas sus ambiciones, si es que no era, tal vez literalmente, su propia corona. Polly estaba destinada a un casamiento excepcional. ¿No ideaba lady Montdore algo sin duda ilustrísimo cuando le dio por nombre Leopoldina? ¿No tenía su nombre de pila un inequívoco sabor a sangre azul, a la dinastía de los Coburgo, que tal vez algún día fuera lo más apropiado? ¿Soñaba ya con un altar, un arzobispo, una voz que dijera «Yo, Albert Christian George Andrew Patrick David te tomo a ti, Leopoldina, por esposa»? No era ni mucho menos un sueño imposible. Por otra parte, nada tan plano y tan poco pretencioso como Polly a secas.

Desde muy tierna edad, mi prima Linda Radlett y yo nos prestábamos a jugar con Polly, pues, como suele suceder a los padres de unigénitos, los Montdore siempre estuvieron muy atentos a la posible soledad de Polly. Sé

que mi madre adoptiva, tía Emily, tenía por mí esos mismos sentimientos; sé que era capaz de cualquier cosa con tal de no tenerme a solas con ella durante las vacaciones. Hampton Park no está lejos de la casa de Linda, Alconleigh, y ella y Polly, que eran más o menos de la misma edad, parecían destinadas a ser las mejores amigas. Por la razón que fuera, sin embargo, nunca sintieron demasiado aprecio una por la otra, mientras que lady Montdore sentía cierto desagrado por Linda, y en cuanto la conoció mejor tachó sus conversaciones de «inadecuadas». Me imagino a Linda ahora mismo, a la hora del almuerzo, en la enorme mesa del comedor de Hampton (el mismo comedor en el que en momentos muy diversos de mi vida he pasado tanto miedo que el olor que despide, el aroma dejado por todo un siglo de comidas opíparas, vinos exquisitos, cigarros puros de los mejores y mujeres adineradas, se me sigue antojando como el olor de la sangre a un animal), y la escucho con su vocecilla cantarina y ahuecada, tan típica de los Radlett, diciendo: «¿Tú has tenido alguna vez lombrices, Polly? Yo sí. No te puedes ni imaginar qué latosas que son. Luego, gracias al cielo, vino el doctor Simpson y me las quitó toditas. En fin, ya sabes que el buen doctor Simpson siempre ha sido el gran amor de mi vida, así que ya te supondrás...».

Tan excesivo fue para lady Montdore que nunca volvieron a invitar a Linda. Yo en cambio pasaba allí una semana más o menos todas las vacaciones. Allí me encasquetaban camino de Alconleigh o a la vuelta, como sucede con las niñas pequeñas, sin preguntarme jamás si me lo pasaba bien, si me apetecía ir. Mi padre era pariente lejano de lord Montdore por parte de madre. Yo era una niña bien educada; creo que a lady Montdore le caía bien. No sé bien

cómo, pero me consideraba «adecuada», palabra que tenía un gran peso en su vocabulario, porque en un momento dado incluso se planteó que me fuera a vivir allí durante el curso, para estudiar con Polly. Sin embargo, cuando cumplí trece años se marcharon a vivir a la India, o a gobernar la India, mejor dicho, tras lo cual Hampton y sus propietarios pasaron a ser para mí un tenue recuerdo, aunque siempre alarmante.